

CAPITULO PRELIMINAR

MEXICO EN 1806.—LA RAZA INDIGENA

 Presentar el cuadro social de la hoy República Mexicana en 1806, tiene por objeto estudiar el país en que nació Juárez, y la sociedad en que se educó antes de empezar su carrera política.

En 1806 aun no se realizaba la independencia políticamente hablando; México no era sino una colonia con sus leyes restrictivas para el comercio y la industria, su division de clases, su censura eclesiástica, su sombra de poder monárquico y su tiranía mas ó menos semejante á la de la Metrópoli.

En una sociedad dominada desde los primeros dias de la conquista por el fanatismo clerical, subyugada al poder eclesiástico y destinada á imitar las costumbres de su metrópoli, era natural que hubiese muchas injusticias. La que mas nos importa examinar para el fin de esta obra, es la division de clases.

El poder, la riqueza, los empleos y el prestigio pertenecian á los españoles que se consideraban como los dueños absolutos de la *tierra*; sus hijos nacidos en América ocupaban un lugar inferior, y por solo este hecho sufrían una especie de condenacion social que les cerraba la puerta de todos los empleos y de todos los honores. Mas si á los primeros pertenecia el poder y la riqueza, el talento y la instruccion eran de los segundos. Los primeros, con muy pocas excepciones,

salian para América con el ánimo de hacer fortuna, y eran iliteratos; los segundos, llamados *criollos*, además de su natural talento, de la viveza de su genio, frecuentaban las aulas de las Universidades y adquirían la malísima y escasa instrucción que se impartía entonces, y malgastaban las fortunas de sus padres en disipaciones que les traían al menos la ventaja del aprendizaje de la vida.

Pero había otra clase social en la colonia, notable bajo más de un aspecto.

Era la clase indígena, la que en su paso por esta tierra había levantado palacios y suntuosos templos; la pobladora de dilatados imperios y de guerreras repúblicas; la que al fin había sucumbido al peso de la espada de los conquistadores, y que se vio reducida después á la humillante condición de sierva, y más tarde formó la masa ignorante y envilecida de la colonia.

Los conquistadores empezaron por repartirse á los indios, por discutir de si eran ó no seres pensadores; la legislación de indias remedió en gran parte aquella barbarie, pero no pudo evitar ni entró en su idea impedir que el cura español fanatizase al indio, que el hacendado español le obligase á trabajar por un mezquino jornal, y que la desgracia le embruteciese. Ciertamente al considerar el estado á que los conquistadores españoles redujeron á la raza indígena, se llega á dudar si era más humanitaria la destrucción física que de ella hicieron los conquistadores ingleses.

La colonia no era sino un vasto monopolio. La metrópoli la entregaba á la rapacidad de sus hijos desnaturalizados en cambio del oro y de la plata que producía, y los gobernantes que mandaba á ella sin ideas de gobierno, de economía política, de trato social, aislados del mundo civilizado, pues no era permitido más comercio que el de España, vivían esclavos á su vez del clero, esclavizando á los *criollos* y todos á los indios considerados por la humana legislación de Indias como menores de edad.

Hé aquí como pinta un escritor * el estado social de la colonia en la época en que nació Juárez:

“Una vez sometidos los infelices mexicanos, son repartidos como esclavos, empleados como bestias de carga, sujetos á un tratamiento brutal, y sirven á veces de pasto á los perros de sus amos. En tres años mueren cuatrocientos mil por trato tan inicuo. Nuestras escrituras geroglíficas, monumento de civilización y que contenían nuestro origen é historia, son destruidas por el bárbaro Zumárraga, émulo de Omar y digno imitador del cardenal Jimenez. Hasta la naturaleza muda de aspecto con la conquista: los bosques son talados, los jardines destruidos y en los lugares donde antes desplegaba la naturaleza sus hermosas galas, se ven salobres aguas y áridos é incultos arenales.

* Juan J. Baz, Discurso cívico.—1859.

“El Código de Indias no fué más que la capa hipócrita con que se cubrió la más atroz tiranía y con que se engañó al mundo; con él se fingió proteger al indio declarándole derechos de menor y solo se tuvo el objeto de sujetarlo á perpetua tutela para que permaneciese constantemente pobre é ignorante.

“La educación primaria se reducía en los hombres á enseñarles á leer, á escribir, las cuatro reglas de la aritmética, y el catecismo de Ripalda. Esta educación estaba entregada á los frailes, para que desde la más tierna infancia se apoderasen de la conciencia del hombre y le infundiesen respeto ciego al clero y á la autoridad: garantía de obediencia perpetua, no á los preceptos de la religión y la moral, no á leyes sábias, convenientes y justas, sino á las invenciones del clero, al capricho del déspota usurpador que nos mandaba. La educación secundaria se reducía al estudio de autores rancios que inculcaban máximas convenientes á la dominación, que enseñaban como dogmas la infalibilidad del Papa y el derecho divino de los reyes. La máxima de la soberanía del pueblo era ignorada; si alguna vez llegaba á aparecer, era condenada como impía y herética, y declarada subversiva y absurda. Prohibidos estaban los libros que pudiesen indicar algo de libertad: no se permitía lo que despertase en el hombre la idea de su valor y dignidad, nada que le hiciese conocer sus derechos. En ciencias naturales, en bellas artes, los estudios eran mejores, porque como decía Robespierre: “los reyes que hacen el destino de los hombres sobre la tierra, no temen ni á los grandes géometras, ni á los grandes pintores, ni á los grandes poetas, y sí temen á los filósofos rígidos y á los defensores de la humanidad.”

“Los repartimientos, los tributos, los monopolios, las tasas, la sisa, los gremios, los estancos aun de los frutos que producía la tierra, la prohibición de efectos que no viniesen por conducto de la España, la de sembrar algunos frutos, la de beneficiarlos de cierta manera, la de hacer algunos artefactos, formaban la base de su sistema mercantil, agrario y rentístico. La picota, la Inquisición, los tormentos, la mutilación, la marca, la infamia, la confiscación, los privilegios, los juzgados especiales, las causas privilegiadas, eran las bases de su legislación penal.

“No era permitido el uso de la imprenta, y cuando se publicó la Gaceta del Gobierno, se llenaba con el santoral, alguna fábula de *Can azul*, un cuento insulso, grosero y á veces inmoral, y alguna real orden. No era permitido asociarse sino en cofradías ó para azotarse en la santa escuela. Añádase á esto el comer malos alimentos; el vestirse ridículamente y con los desechos de los padres y de los hermanos mayores; el tener muebles incómodos; el carecer de toda diversión que no fuese maroma y toros cada ocho días, y el acostarse á las ocho después de rezar el rosario, y se tendrá el cuadro completo de la deliciosa existencia de nuestros mayores.”

Tal fué la sociedad en que nació Benito Juárez. Ciertamente es que cuando empezó no solo á figurar sino á educarse, ya se habia consumado la independencia de la colonia, y que con la independencia se mejoró en mucho la situación moral de México. Los puertos fueron abiertos al comercio extranjero; se empezaron á practicar, aunque muy imperfectamente, las instituciones democráticas, y se abolieron la mayor parte de los privilegios coloniales; pero la instrucción quedó en manos del clero, nació el mas desenfrenado militarismo, y la propiedad estancada en manos de unos cuantos, la intolerancia mas absoluta, el poder eclesiástico dominándolo todo con sus cuantiosas riquezas, la ignorancia total en ciertas clases sociales, impedían que la independencia social se llevase á cabo como se habia llevado á cabo la política.

A Juárez tocó realizar tan grandiosa obra; por eso antes de narrar su vida ha sido preciso bosquejar ligeramente el estado social que debia en el transcurso del tiempo y con férrea voluntad cambiar totalmente.

Mas para comprender á este hombre excepcional, preciso es pintar la raza á que perteneció.

La raza indígena posee ciertamente brillantes cualidades que una abyección de tres siglos ha destruido en parte; hoy se la ve vivir perezosamente buscando con un monótono trabajo lo indispensable para la vida comun; parece no aspirar á una mejoría de suerte, y someterse fácilmente á todas las circunstancias; agrícola por excelencia, se dedica á las faenas del campo, conserva sus costumbres de hace dos siglos, y lleva el profundo sello de una tenaz melancolía impreso en su bronceado rostro; destinada al parecer á servir de instrumento á la raza blanca en sus concepciones, lleva á cabo con infatigable trabajo todas las obras que inventa la imaginación de los criollos, y desde los campos de batalla hasta los de la labranza, desde la construcción de los primeros templos de la colonia hasta la del ferrocarril de Veracruz, siempre ha sido la obrera en masa de inteligencias superiores. Su humildad, mezcla extraña de resignación y de desprecio; su constancia, amalgama incomprensible de orgullo y de obediencia, la hacen una raza excepcional.

Mas si se recuerda que esa misma raza fundaba tras fatigosas peregrinaciones imperios dilatados, que conquistaba reinos, que levantaba ciudades; si se remonta la memoria á los días de la monarquía Tolteca y de los imperios Chichimeca y Mexicano; si se piensa en un momento en las grandiosas ruinas de Mitla y de Uxmal, en los conocimientos astronómicos de los aztecas, en sus grandiosas construcciones erigidas con las leyes de la geometría y de la mecánica, debe suponerse en esa raza una inteligencia superior destruida ó amortiguada por la ignorancia de tres siglos.

Hay mas: no es una sola la excepción que ha tenido esa raza de la postra-

ción en que vive; el arte colonial tuvo por intérpretes á mas de un indio; la causa de la independencia contó tambien con ilustres caudillos indios, y en las luchas políticas de México independiente mas de un hombre de estado salió de entre sus filas.

Pero lo que no se puede negar es que esa raza que forma la mayoría de los habitantes de la república, permaneció hasta hace pocos años estacionaria é indiferente á las contiendas civiles, que abandona con inmenso trabajo su condición y sus costumbres, y que pasa su existencia sin buscar mas que lo absolutamente necesario para cubrir sus necesidades. Una casualidad tan solo saca á uno de sus miembros de semejante estado, y entonces brilla en el mundo social no solo con las cualidades de otros hombres, sino tambien con una indomable constancia en sus proyectos. Parece que lo poco de comun que tiene con los hombres entre quienes vive, le liberta de sentir las pasiones que los agitan; parece que llevando hasta esa su nueva posición, las tendencias de su raza y natural melancólico, se apodera de las ideas en abstracto, las defiende y las desembaraza antes de profesar las del ropaje de las pasiones comunes, con que las revisten la imaginación y el interés de los hombres congregados en sociedad.

Por eso es, sin duda, que la raza indígena no ha mandado todavía á los parlamentos hispano-americanos, ni grandes oradores, ni grandes poetas, ni grandes escritores; ha dado, sí, soldados y guerrilleros invencibles, y ha dado en la política un Juárez; es decir, no ha llegado á los estudios de la imaginación y de las grandes pasiones, pero sí ha sobrepujado allí donde estaba la interpretación augusta del derecho.

La raza indígena no es homogénea en toda la extensión del territorio mexicano. Sus usos, los dialectos que habla y hasta los diversos trages que viste, marcan terminantemente esta diferencia. En efecto, los diversos imperios anteriores á la conquista esparcieron sus hombres, ya en la Mesa Central, ya en las cimas y escabrosidades de la Cordillera ó en las costas del Atlántico y del Pacífico. El imperio Tolteca, el mas poderoso y el mas adelantado, despues de ser destruido por el hambre y la sequía, vió dispersarse á sus hijos hácia las costas de Tabasco por el rumbo de Cholula; el imperio Chichimeca, interrumpido en su grandeza por la creación paulatina del imperio azteca, extendió á grandes distancias sus dominios, y el imperio Azteca conquistó desde Guatemala hasta Michoacan, desde el Atlántico hasta el Pacífico.

Todas estas naciones eran peregrinas, venian del Norte, fundaban ciudades en su camino y las abandonaban luego hasta encontrar lo que ellos llamaban su misterioso destino.

Antes de la existencia de estos imperios se conserva la memoria de mas antiguos habitantes. Los Ulmecas y los Xilancas cuya estatura está desfigurada en

las narraciones y de los cuales se dice que eran muy buenos agricultores. Los primeros se establecieron en la costa del golfo mexicano desde el Pánuco hasta el sitio donde se eleva la ciudad de Puebla; los segundos fundaron la ciudad de Cholula en el año 3979 del Mundo. A estos habitantes pseudo-primitivos, deben agregarse los zapotecas establecidos en Tehuacan, Tecamachalco y Quecholac en el estado de Puebla. Esta raza, á quien la narracion histórica viste con un ropaje menos exagerado, se internó mas tarde en los terrenos de Oaxaca, donde aun existen sus restos, y aun se habla su idioma.

Los indios zapotecas que viven hoy en la cordillera de Oaxaca, conservan una posicion mas independiente que el resto de la raza indígena; hay en sus costumbres mas sociabilidad, y en su valor mas inteligencia. En la última guerra de la intervencion, los batallones de Oaxaca eran el terror del ejército imperial.

La contribucion por personas, la milicia nacional, los municipios establecidos en el Estado de Oaxaca, prueban que la mayoría indígena de sus habitantes no solo toman ya una parte directa en los negocios públicos, sino que huyen menos del contacto con la raza europea. Esto se debe en gran parte á la administracion de Juarez como gobernador del Estado; pero demuestra tambien en los descendientes de los zapotecas una mejoría de posicion respecto de las otras razas indígenas de la República. Esta mejoría que parece ser comun á las razas habitadoras de las montañas, se debe tal vez á que la situacion topográfica del terreno que habitaban, impidió á los conquistadores subyugarlos totalmente y convertirlos en animales de carga, como sucedió en las llanuras de la mesa central.

De cualquier modo que sea, sobre la raza indígena pesó durante trescientos años una tiranía suspicaz é intolerante que bajo el pretexto de protegerla la impidió ilustrarse; cincuenta años de libertad política aun no han podido regenerarla y matar los abusos de que la hizo víctima la rapacidad del gobierno colonial. Nótese entre esta raza marcadas diferencias; pero esta diversidad de inteligencia parece mas bien depender de la accion mas ó menos directa de la dominacion española sobre unas porciones de esta misma raza, que no de diferencias fisiológicas ó de origen.

Este bosquejo de México en 1806 y de la raza indígena, no está, aunque parezca fuera de lugar, porque como se va á recorrer el largo período de la historia mexicana en el cual se preparó, se resolvió y se llevó á cabo la emancipacion social; como se van á conocer no solo las revoluciones, sino las leyes que dieron origen á esta emancipacion, preciso es, para conocer el fin de estas leyes y las tendencias de esta emancipacion, conocer al mismo tiempo lo que vinieron á destruir para regenerar á la nacion mexicana.

El estudio de estas evoluciones sociales es la parte mas útil de la historia; él viene á enseñar cuáles son las causas del engrandecimiento y la decadencia de

los pueblos; viene á revelar cuáles son los elementos sociales que mas fácilmente se prostituyen y relajan, y cuáles contribuyen mas al engrandecimiento de las naciones.

Estas evoluciones que todo lo trastornan, ya se hagan en nombre de la ley, ya en nombre de una utopia, son las fiebres periódicas de la humanidad; fiebres de que necesita para depurar su salud, y cuya agitacion la hace descombrar el camino que las preocupaciones y las costumbres intentan obstruir; camino cuyo punto de partida se pierde en el origen de la humanidad, y cuyo fin es el hermoso ideal de la perfectibilidad absoluta.

Estas evoluciones, sin embargo, se verifican bajo las mismas leyes que las agitaciones del fuego central de nuestro Globo, bien en puntos aislados, bien en una zona determinada de cráteres: á veces conmuevese toda una raza, todo un continente; trastórnase todo un equilibrio político, y otras es una sociedad aislada la que levanta por lo alto y combate alrededor de una bandera de Progreso y de Reforma.

Conociendo ya el país en que se verificó la primera gran revolucion social del continente americano, estudiemos esta revolucion al estudiar la vida del mas notable de sus caudillos. ¡Ojalá que los buenos ejemplos que se registren en esta narracion, no sean perdidos ni para los pueblos ni para los hombres!

CAPITULO I

INFANCIA DE JUAREZ



A elevada cordillera que recorre el continente americano desde la Patagonia hasta el Mediodía de los Estados Unidos, y que toma los nombres de Sierra Madre y Andes en la República de México y en la América del Sur, se bifurca en dos inmensos ramales en el territorio mexicano, uno que se alza casi en las costas del Grande Océano y otro del lado del Atlántico, y en el centro de los cuales se extiende la Mesa Central. Estos ramales se unen en el Estado de Oaxaca por la parte septentrional, formando una extensa y revuelta serranía cubierta de una variada y rica vegetacion, desde la tropical en la falda y cerca de las costas, hasta la de las regiones frias en las cúspides.

Los arroyos que se desprenden de lo alto de la sierra formando luego espumosos rios; las prolongadas cañadas; los pequeños valles que forman aquellas montañas; la riqueza de sus minerales y lo variado de sus paisajes, hacen de aquel Estado uno de los mas pintorescos y ricos de la República.

En aquellos valles, sobre aquellos elevados montes cuyas vertientes cubren las galas de la zona tórrida, cuyas cimas corona el melancólico pino y á quienes sirve de pabellon el límpido cielo de los trópicos, habitan todavía los restos de los zapotecas, raza pseudo-primitiva del territorio mexicano, conservando todavía muchas de sus antiguas costumbres y su primer lenguaje. Tal vez debido á la situacion topográfica del terreno, la civilizacion moderna no ha penetrado en aquellas comarcas sino bajo un solo aspecto, el del comercio. Los habitantes de aquellos sitios, convertidos como todos los del territorio mexicano, al cristianismo, no llegaron nunca hasta el último estado de la degradacion social, y los pueblos dispersos en aquellas serranías han adquirido, á pesar de su ignorancia, cierto aire de independencia cantonal.

Aquellos montañeses se dedican á la agricultura, á la minería y al comercio. Todos tienen una pequeña choza y un pequeño huerto, y no pocos bajan á la capital del Estado á cambiar sus productos por efectos.

La ciudad de Oaxaca, capital del Estado de su nombre, se eleva en un pequeño valle cerca de la montaña de San Felipe, y veintidos millas al N. E. se eleva la poblacion de Ixtlan, en cuyo Distrito se encuentra, en lo mas intrincado de la montaña, un humilde pueblo que tiene por nombre San Pablo Guelatao, y que consta de doscientos habitantes. La situacion del pueblo de Guelatao es pintoresca: rodéanlo elevadas cimas; circúndalo un bosque de árboles frutales y adórnalo un lago formado por las filtraciones de la sierra, y al que llaman sus habitantes la *Laguna encantada*, por la eterna limpidez de sus aguas. El pueblo consta de unas cuantas chozas de adobe y otras de paja, de un templo arruinado por los terremotos, de una modesta iglesia y de extensos campos de siembra, interrumpidos por modestos jardines y frondosas huertas, disperso todo en las sinuosidades de la serranía.

En este pueblo fué donde nació BENITO JUAREZ el 21 de Marzo de 1806, como consta por el siguiente documento:

El presbítero que suscribe, encargado de esta parroquia.—Certifico en toda forma de derecho: que en el archivo de ella se encuentra un libro de forro encarnado, cuyo título es: DE BAUTISMOS, y á fojas ciento sesenta y cinco, partida trece, se halla la del tenor siguiente:

En la iglesia parroquial de Santo Tomás de Ixtlan, á veinte y dos del mes de Marzo del año de mil ochocientos seis, yo, D. Ambrosio Puche, vecino de este distrito, bauticé solemnemente á Benito Pablo, hijo legítimo y de legítimo matrimonio de Marcelino Juarez y de Brígida García, indios del pueblo de San Pablo Guelatao, perteneciente á esta cabecera. Sus abuelos paternos son Pedro Juarez y Jus-

ta López; los maternos, Pablo García y María García. Fué madrina Apolonia García, india, casada con Francisco García, advirtiéndole sus obligaciones y parentesco espiritual.

Y para constancia, firmo con el señor cura.

(Firmado:)

MARIANO CORTABARRÍA.—AMBROSIO PUCHE.

Es copia fiel y legalmente sacada de su original á que me remito, siendo testigo de su cotejo Francisco Ramirez, de esta misma cabecera.

Ixtlan, Octubre 24 de 1865.

(Firmado:)

JOSÉ ANTONIO MÁRQUEZ.

Los padres de Juarez tenian las comodidades comunes á los habitantes de aquellas comarcas: una choza, un pequeño campo de labranza, y animales domésticos; pero sin embargo no podian llamarse ni siquiera medianamente ricos, ni ofrecer á su hijo otro porvenir que el de una vida monótona dedicada á las faenas agrícolas.

Juarez quedó huérfano á la edad de tres años, quedando al cuidado de su abuela primero, y de su tío Bernardino despues. Las pocas relaciones sociales de su tío, lo aislado del pueblo de Guelatao y su humilde posicion, impidieron que Juarez recibiera enseñanza alguna, y creció hasta los doce años, no tan solamente sin saber leer ni escribir, sino hasta ignorando la lengua castellana. Pero débese á su propio instinto ó bien á que las relaciones que hacian los viajeros que pasaban por Guelatao viniendo de Oaxaca, despertasen en él un vehemente deseo de cambiar de posicion, el caso es que pensó en ir á la *ciudad*, como otros muchos de sus compañeros de infancia.

Costumbre era desde entonces en los indios de la Sierra N. E. de Oaxaca llevar á sus hijos á que sirviesen de criados en la ciudad, sin exigir mas retribucion que el indispensable alimento, un vestido y la instruccion primaria, costumbre provechosa que ha dado por feliz resultado que se propague con asombrosa rapidez la instruccion en los pueblos dispersos de la montaña. Favorecia á esta costumbre el aprecio con que eran vistos los jóvenes serranos por las principales familias de Oaxaca, por su proverbial honradez y su intachable lealtad.

Este ejemplo que veia Juarez diariamente, las narraciones que oia de sus hermanos de infancia que volvian á su pueblo, el desamparo en que vivia como huérfano, y el trato *poco paternal* que recibia en su propia casa, lo decidieron á abandonar su pueblo y su choza á la edad de doce años.

Ejecutó este primer acto de su vida con aquella firmeza que le fué característica y de que tantas pruebas dió despues.

Sin recursos, sin apoyo alguno, fiándolo todo del porvenir, se dirigió á Oaxaca, la ciudad de sus ensueños, á buscar un humilde empleo en una familia acomodada. Esta resolucion en un niño de doce años que nunca habia salido de su humilde pueblo, y que hasta desconocia el habla de la ciudad, demuestran un carácter resuelto y emprendedor á toda prueba.

Esto pasaba el año de 1818: al llegar á Oaxaca se refugió en la casa en que servía una hermana suya, y su suerte hubiera sido vivir como humilde criado de una casa, envejecer en ella, ser el guardian mas fiel de una familia ó de un comerciante, á no haberlo llevado su destino cerca de un hombre que le abrió las puertas de un porvenir espléndido, dándole una buena instruccion y sembrando en su corazon de niño sentimientos honrados y leales.

Este hecho entre otros muchos, prueban que el acaso eleva y forma á los hombres; de mucho sirven un gran carácter y un gran talento; pero siempre la iniciacion en la vida social de que depende todo el porvenir, depende á su vez de una mera casualidad. En la vida de Juarez esta casualidad fué encontrar á un hombre que aficionado á un niño quiso darle la mejor posicion segun sus creencias, el estado eclesiástico, deseo que no se realizó, pero que sirvió para que el humilde huérfano de Guelatao alumbrase su cerebro y despertase á la vida social. El renombre de Juarez ha venido á probar que no siempre son estériles esas caridades aisladas de los corazones sencillos, y que un humilde filántropo puede las mas veces, sin quererlo, sin conocerlo siquiera, producir un bien de inmensa trascendencia.

Este hombre caritativo era el Sr. D. Antonio Salanueva, encuadernador de libros y miembro de la tercer orden de San Francisco. Salanueva era uno de esos caracteres muy comunes en aquella época y en aquella sociedad; honrado y trabajador, debia su sustento á sus propios esfuerzos y dividia su vida entre sus faenas manuales y las prácticas religiosas; fanático y apegado á las costumbres de sus mayores, propagaba entre sus adeptos sus creencias, de modo que el niño Juarez empezó por seguir todas las prácticas de su protector. Afortunadamente Salanueva no solo impartió una proteccion comun á su huérfano, sino tambien una instruccion primaria suficiente para despertar en él nuevas ideas y nuevos deseos.

La instruccion primaria se reducía en aquel entonces á leer, escribir, las cuatro reglas de la aritmética y á aprender de memoria el catecismo de Ripalpda. Juarez debió á su generoso protector estos elementales conocimientos, además de una solicitud paternal, y de la inculcacion de principios honrados y morales que se arraigaron desde entonces en su corazon.

A la solicitud del humilde encuadernador de libros de Oaxaca, debió tambien Juarez su instruccion secundaria. Salanueva queria dedicarlo al estado eclesiástico, porque en aquella época era la mas productiva, la mas honrada y la que seguian con preferencia los pocos indígenas que entraban á la vida social de la colonia, y además, porque era la que mas cuadraba á sus creencias, y en tal virtud hizo ingresar á su protegido como alumno externo del Seminario de Oaxaca.

En este establecimiento debia comenzar Juarez su carrera política; pero antes de seguirlo en esta nueva faz de su existencia, preciso es conocer la clase de instruccion que se impartía entonces en los colegios públicos, estudio interesante cuando se trata de un hombre que vino á defender con el tiempo el grandioso principio de la *libertad de enseñanza*.

Sin amparo, sin recursos, sin una estrella que alumbrase su camino, Juarez empezó su carrera gracias á la solicitud de un corazon caritativo; él pudo sin embargo contra tanto obstáculo de la suerte y de la época en que nació, abrirse paso hácia un espléndido porvenir: ¡ejemplo elocuente de lo que puede una voluntad inquebrantable!

Mas antes de estudiar esa transicion tan diversa y tan difícil en todos los seres humanos, del niño en hombre, del colegial en ciudadano, trasportémonos hasta los claustros de los seminarios mexicanos en 1821, cuando apenas acababa de consumarse la independenciam, y aun quedaba en pié la administracion colonial.

